

plo, cuánto cuesta que un joven sea médico en una sociedad como la nuestra, a costa de quién un joven brasileño es médico, cuánto cuesta por año (durante seis años) al país, por lo tanto, a los campesinos, a los obreros que no tienen ni siquiera educación infantil, cuánto ellos pagan para que algunos jóvenes de las clases dominantes de Brasil se hagan médicos. Esta pregunta tuya debería constituirse también para nosotros en preocupación política, y no solamente pedagógica.

Me gustaría, ahora, antes de salir, concluir como empecé, esto es, agradeciendo enormemente esta prueba de camaradería, este afecto, esta demostración humana. Yo recibí aquí una carta muy linda de una joven, que se la voy a dar a mis hijos e hijas. Quiero decir muchas gracias a uds., que están aquí, y a esta universidad, que me recibe de manera tan afectiva y tan respetuosa. Son cosas como ésta las que justifican que yo siga vivo, profundamente vivo, cuando podría ya no estarlo. Muchas gracias.

Discurso de investidura

Paulo Freire

La experiencia que, a lo largo de mi vida, he tenido de participar en situaciones como ésta, no ha sido capaz de burocratizar mi ser como para que, aquí y ahora, pueda hablar fríamente, con los sentimientos contenidos, como si estuviera automatizado o programado para comportarme de cierta forma en éste o en cualquier otro momento de solemnidad.

Por el contrario, estoy, aquí y ahora, abierto a lo que va ocurriendo en este acto, que comprendo como acto original y no como pura repetición de actos anteriores, apenas semejantes al presente.

Cada vez que recibo homenajes como éste me siento experimentando homenajes diferentes, con espíritu propio, a pesar de la presencia de un ritual académico cargado de la casi siempre necesaria tradición. Igualmente, aunque no hubiera, de ceremonia a ceremonia, procedimientos que revelan trazos culturales, marcas históricas, tradiciones propias de cada Universidad que me hacen, para honrarme, su doctor, aun cuando una ceremonia formalmente repitiera a la anterior, yo me reinventaría en mi forma de sentirme, de verme, de expresarme

en el contexto de la ceremonia.

La curiosidad en la vida, la creatividad, la satisfacción de las necesidades a las que el acto de conocer se encuentra ligado, todo eso implica actividad metódica, procesos, rutina. La vida nos coloca frente al problema de saber hasta qué punto, sin prescindir de la rutina, somos capaces o no de escapar de la rutina de la vida misma. Hasta qué punto permanecemos creadores, inquietos, insatisfechos; hasta qué punto vamos siendo capaces de siempre preguntarnos y de no dejar nunca de asustarnos.

Por eso, aquí y ahora, me siento como si ésta fuera la primera vez que una Universidad me otorga el título de Doctor Honoris Causa. Por eso he estado durante todo el tiempo de esta ceremonia viviendo intensamente las reales emociones que me invaden.

Hay algo, sin embargo, que vengo repitiendo en celebraciones como ésta y en las que a veces debo hablar.

Voy evitando hacer discursos formales o discursos incluso no tan formales sobre temas de mi campo de reflexión.

He preferido, hasta ahora, hablar con palabras de buen querer, de agradecimiento o de reconocimiento por el estímulo y el desafío que recibo de Universidades como la vuestra.

Palabras de buen querer y de reconocimiento en las que hablo de mi gratitud a Elza, a quien tanto debí y debo,

y a quien tanto amé y a quien jamás olvidaré. En verdad, con Elza aprendí un mundo de cosas, pero, sobretudo, con ella aprendí que cuanto más amamos, más podemos amar. Con ella aprendí la fuerza de la comprensión, el poder de la grandeza de espíritu, de la humildad, la importancia de la capacidad de no idealizar a aquel o a aquella a quien amamos, de entenderle o entenderla en su indignancia, en sus limitaciones. Con ella aprendí que el amor que libera es aquel en que los amantes permanecen porque pueden partir y parten si prefieren no quedarse. Libremente permanecen o parten.

Con ella aprendí que la pasión es necesaria en el acto de amar, pero no es suficiente. Si, por un lado, la pasión no se alarga en amor y, por el otro, el amor nutrido en la pasión no amplía la pasión dándole significado a cada paso, a cada movimiento, mueren la pasión y el amor.

Fui justamente aprendiendo tanto con ella y a ella algo enseñando, que crecí y juntos crecimos. Fue aprendiendo con ella que no es posible un amor fuerte, grande, verdadero que sea inmune al dolor e indiferente al goce, que entendí la inviabilidad para los que aman tanto de la satisfacción que inmoviliza como la de la insatisfacción que sólo inquieta. Sólo amamos plenamente en la tensión dialéctica entre la paz y la inquietud, entre permanecer y partir, entre el miedo y el coraje de

amar, de vivir, de morir, de renacer.

Fue con su enseñanza que aprendí, que confirmé, ya sin ella en el mundo, que para vivir tendría que abrirme a la vida de nuevo. Y es porque con ella aprendí y reaprendí a vivir, que ahora, aquí, en una celebración académica no temo hablar así, hablar así de la belleza de la vida.

Estoy, aquí y ahora, recibiendo esta consideración académica precisamente porque, por mí mismo y por la influencia de Elza a quien se une hoy la presencia de Nita, nunca dicotomicé el placer de vivir, de amar, el placer de conocer más rigurosamente el mundo.

Nunca acepté que pudiera haber incompatibilidad entre una actitud científica y el placer de vivir.

Me gustaría también, ya que estoy hablando palabras de buen querer y de reconocimiento, subrayar aquí cuánto debí y continuo debiendo, en el proceso de mi formación permanente, no tanto a la práctica académica intensa que he tenido, sino a trabajadores de campos y ciudades de diferentes partes del mundo. A campesinos y trabajadores urbanos, mujeres y hombres con quienes voy aprendiendo y, al aprender con ellas y ellos, igualmente voy enseñando. Aprendiendo y enseñando que no es posible cambiar las personas, embellecer el mundo, sin transformar radicalmente sus estructuras.

Cada vez que me festejan como ahora pienso

en ellos y ellas, trabajadoras y trabajadores del campo y de la ciudad, de América Latina, de África, del mundo, con muchos de los cuales he estado a la búsqueda de mejores tiempos.

Quiero finalmente agradecer a la Universidad de Barcelona, a sus autoridades, a sus profesores y profesoras, a sus estudiantes y a su cuerpo administrativo la honra de hacerme uno de sus doctores.

Me siento ahora más responsabilizado que antes y prometo hacer lo posible para no desmerecer la confianza puesta en mí.